

22
NOVIEMBRE
2010

KIRGUIZSTÁN DESPUÉS DE LAS ELECCIONES: ¿Lo peor está por ocurrir?

Nicolás de Pedro Investigador, CIDOB

Kirguizstán sigue inmerso en una crisis profunda. Las dificultades para formar un nuevo Gobierno, la debilidad institucional, la deriva nacionalista y el conflicto étnico latente en el sur amenazan con quebrar el país. Las elecciones parlamentarias del 10 de octubre de 2010 transcurrieron en un clima tranquilo y, de las celebradas en Asia Central, han sido las primeras reconocidas como verdaderamente “libres y limpias”. No obstante, los resultados han creado un panorama complicado y de difícil gestión, tanto por la fragmentación –es necesario el acuerdo de al menos tres de los cinco partidos que han obtenido representación en la *Jogorku Kenesh*– como, sobre todo, por la posibilidad de que se constituya un Gobierno de carácter nacionalista y con la intención de revocar la Constitución aprobada en junio. Las protestas y concentraciones de algunos de los partidos que no han conseguido escaños dificultan aún más la articulación del nuevo Parlamento y la necesaria estabilidad política e institucional. Por otro lado, la frágil situación en el sur permanece estable pero tensa. La falta de medidas de reconstrucción y reconciliación hace factible un rebrote de la violencia entre kirguizos y uzbekos, con el agravante de que se esté produciendo una acumulación de armas de fuego por parte de la población.

Seis meses convulsos

Los violentos disturbios del 7 de abril en Bishkek provocaron la caída del régimen del presidente Kurmanbek Bakíyev. El asalto del palacio presidencial por parte de los manifes-

tantes obligó a huir a Bakíyev, quien se refugió en su pueblo natal próximo a Jalalabad, en el sur del país. El hastío con la depauperada situación económica, la corrupción y el intento de Bakíyev y sus allegados de apropiarse de los principales activos económicos del país motivó esta respuesta popular y de los principales líderes de la oposición. El uso de armas de fuego por parte de las fuerzas de seguridad y, también, de algunos manifestantes y la violencia vivida durante la jornada dejaron un saldo de 86 muertos y unos mil quinientos heridos. La noche del 7 de abril se constituyó un Gobierno interino encabezado por Roza Otunbáyeva, una personalidad de reconocido prestigio en su país y con una larga trayectoria política y diplomática. Las nuevas autoridades anunciaron la redacción de una nueva Constitución de carácter parlamentario y la futura celebración de elecciones parlamentarias y presidenciales.

Durante los meses de abril y mayo se produjo un deterioro grave de la situación en el sur del país. Los seguidores del depuesto Bakíyev impidieron la toma de posesión de sus cargos a las nuevas autoridades regionales nombradas por el Gobierno interino y asaltaron edificios gubernamentales en Batken, Jalalabad y Osh. A mediados de mayo se produjeron los primeros enfrentamientos interétnicos de gravedad. En Teyit varias casas de familiares de Bakíyev fueron quemadas, supuestamente por un grupo de manifestantes uzbekos. Como respuesta, centenares de kirguizos asaltaron la universidad de Jalalabad, fundada por el líder de la comunidad uzbeka, Kadyrzhan Batyrov. Las autoridades declararon el estado de emergencia y el toque de queda

nocturno. No obstante, la tensión fue en aumento y estalló del 10 al 14 de junio en Osh y Jalalabad. El Gobierno interino se vio completamente desbordado por los acontecimientos. Grupos de kirguizos armados con fusiles automáticos, y utilizando, incluso, al menos dos vehículos blindados, asaltaron los barrios de mayoría uzbeka, causando matanzas. El terror entre la población provocó un éxodo masivo de mujeres, niños y ancianos uzbekos. Decenas de miles cruzaron la frontera de Uzbekistán mientras la mayor parte de los hombres uzbekos permanecieron atrincherados en sus barrios. Finalmente, el Ejército consiguió controlar un conflicto que se saldó con entre 400 y 2.000 muertos, decenas de miles de refugiados y desplazados y un alto grado de destrucción –sólo en Osh, unos dos mil edificios fueron completamente arrasados–. A pesar de la gravedad de la situación, el Gobierno interino mantuvo y celebró el referéndum constitucional el 27 de junio. La necesidad de legitimarse a través de una consulta electoral y poder seguir adelante con su agenda y calendario electoral motivaron su determinación. La Constitución fue aprobada con un 90%

Los vectores de la crisis

Las disputas políticas por el poder en Bishkek y la incierta situación en el sur del país son los dos vectores que determinan el deterioro de la situación en Kirguizistán.

La lucha por el poder en Bishkek

Las elecciones parlamentarias han supuesto un serio revés para los impulsores de la nueva Constitución y la apuesta por el parlamentarismo. Omurbek Tekebáyev y su partido Ata Meken son los grandes derrotados. Lo cual no significa necesariamente que no formen finalmente parte de la coalición que dominará el nuevo Parlamento. Un hipotético acuerdo entre los partidos más próximos a la presidenta¹ e impulsores de las revueltas de abril es viable pero será difícil mantener al margen a Kamchybek Tashíev, próximo al ex presidente Bakíyev, y líder del nacionalista y xenófobo, Ata Yurt, que se ha erigido en el partido más votado. Es decir, un panorama complicado y potencialmente inestable.

Cuadro 1: Principales eventos Abril – Octubre

7 de abril. Violentos disturbios en Bishkek provocan la caída del régimen de Kurmanbek Bakíyev. Los enfrentamientos entre fuerzas de seguridad y manifestantes se saldan con 86 muertos y 1.500 heridos.

8-9 de abril. Se constituye un gobierno interino encabezado por Roza Otunbáyeva.

16 de abril. Finalmente Bakíyev renuncia y acepta trasladarse desde su refugio en Jalalabad a Taraz (Kazajstán) y posteriormente a Minsk (Bielarús).

13 -14 de mayo. Primeros incidentes de gravedad en el sur del país. Seguidores de Bakíyev asaltan edificios gubernamentales en Batken, Jalalabad y Osh. Enfrentamientos en Jalalabad entre partidarios y detractores del Gobierno interino. En Teyit, pueblo natal del ex presidente, varias casas de familiares de Bakíyev son quemadas, supuestamente por un grupo de manifestantes uzbekos.

19-20 de mayo. Enfrentamientos entre kirguizos y uzbekos en Osh y Jalalabad. Varios cientos de kirguizos asaltan la estación de televisión y la universidad de Jalalabad, fundadas por Kadyrzhan Batýrov, líder de la comunidad uzbeka local.

10-14 de junio. Estalla la violencia interétnica en Osh y Jalalabad. Decenas de miles de uzbekos huyen a Uzbekistán. Destrucción sistemática de barrios y negocios uzbekos. Los incidentes se saldan con entre 400 y 2.000 muertos.

27 de junio. Se aprueba la nueva Constitución mediante referéndum.

10 de octubre. Se celebran elecciones parlamentarias.

de votos favorables y una participación de un 70%. La nueva Constitución refuerza los poderes del primer ministro y el Parlamento, aunque el presidente mantiene un alto grado de poder e iniciativa. Por ello, hay quien duda de la idoneidad de calificar al nuevo sistema como parlamentario, al establecer una situación dual.

1. Es decir, el SDPK, Respublika y Ata Meken, o lo que es lo mismo entre Almaz Atambáyev, Omurbek Babánov, única cara nueva de estas elecciones, y Tekebáyev.

La estrechez de miras general de los actuales líderes políticos es uno de los grandes lastres de Kirguistán. La presencia de 'hombres fuertes' –*janes* regionales–, todos ellos con importantes intereses empresariales, supone más un desafío que un incentivo para la correcta articulación del Parlamento. Sólo la presidenta Roza Otunbáyeva, con escaso control sobre la actual dinámica, parece preocuparse por algo más que la satisfacción de sus intereses personales. Por ello, cualquier escenario parlamentario es aún posible. Así por ejemplo, Tashíev y Atambáyev, teóricos rivales, han sugerido la creación de una gran coalición entre los cinco partidos. Ello evidencia una vez más la escasa importancia de programas e ideologías puesto que los partidos carecen de contenido y cohesión y el acuerdo entre los dirigentes es lo que cuenta.

No obstante, la nueva Constitución o, lo que es lo mismo, la apuesta por un Parlamento fuerte y con capacidad de iniciativa sigue siendo un punto de fractura. Ata Yurt y Ar Namys, dirigido por el ex general Feliks Kúlov, abo-

conseguir. No obstante, la debilidad del entramado institucional kirguiz desaconseja una lectura jurídica y formal. Las decisiones políticas prevalecerán. En cualquier caso, el inicio de un nuevo periodo constituyente no contribuiría a la estabilización de Kirguistán a corto plazo, máxime teniendo en cuenta que el período transitorio sigue vigente y se mantiene la convocatoria de elecciones presidenciales para octubre de 2011.

Otra dificultad de peso para lograr una mínima estabilidad política es el hecho que, desde el anuncio de los resultados, los líderes y simpatizantes de Butun Kirguistán, otro partido de carácter nacionalista, se concentran frente al Parlamento y exigen formar parte de él². De igual forma, varios partidos minoritarios han creado una plataforma conjunta para impugnar los resultados de las elecciones. Estas reclamaciones revelan hasta qué punto los cauces extrainstitucionales prevalecen en la cultura política del país. Hasta la fecha, protestas y algaradas callejeras han sido el mejor instrumento para obtener poder.

Cuadro 2: Resultados de las elecciones parlamentarias del 10 de octubre de 2010

PARTIDO	Líder	% del total de votos emitidos	% sobre la lista total de votantes*	Escaños obtenidos
Ata Yurt	Kamchybek TASHÍEV	16,08	8,40	28
SDPK	Almazbek ATAMBÁYEV	14,55	7,83	26
Ar Namys	Féliks KULOV	14,02	7,57	25
Respublika	Omurbek BABÁNOV	13,11	6,93	23
Ata Meken	Omurbek TEKEVÁYEV	10,13	5,49	18
		<i>Subtotal 67,89</i>	<i>Subtotal 36,22</i>	
Butun KG	Adakhan MADUMÁROV	8,76	4,84	0
Ak Shumkar	Temir SARÍEV	4,76	2,63	0
Restantes 22 partidos		18,59	7,51	
		<i>Subtotal 32,11</i>	<i>Subtotal 14,98</i>	
TOTAL		100	51,20	120

* El cálculo de los escaños se realiza en función de la lista total de votantes y no de la de votos emitidos.

Elaboración propia.

Datos de la Comisión Electoral Central de Kirguistán.

Elementos a considerar:

- Sólo 5 de los 29 partidos que concurrían, obtienen representación parlamentaria.

- El total de los escaños se deciden en función del voto del 36% del censo electoral total del país. Además, un 32% de los votos emitidos (repartidos entre diferentes partidos) no se traducen en ningún escaño.

gan por acabar con esta Constitución -aprobada mediante referéndum hace apenas cuatro meses- y reestablecer un sistema presidencialista. En principio, los mecanismos que contempla el texto constitucional para su propia reforma deberían impedir algún movimiento apresurado de estos dos partidos y los de otros eventuales apoyos que pudieran

2. Antes de las elecciones 2.852.419 personas aparecían registradas en la lista de votantes. La inclusión durante la jornada electoral de 198.456 personas en la lista de votantes adicional, ha supuesto un incremento de hasta 3.004.361 personas en la lista total de votantes. Este hecho altera el número de votos necesarios para superar la barrera del 5% sobre el total que da acceso al Parlamento: de 142.620 votos se pasa a 150.218 votos. De esta manera, los 145.455 votos obtenidos por Butun KG no se transforman en ningún escaño al concluir la jornada.

Uno de los escasos aspectos positivos de un hipotético acuerdo entre el sureño Tashiev y el norteño Kúlov sería el del relajamiento de la tensión Norte-Sur que domina la relación política entre los kirguizos de ambas zonas del país. Pero es dudoso que suponga un gran impacto. La perspectiva de una presencia parlamentaria fuerte de Tashiev, respaldado por el ex presidente Bakiev, resulta especialmente irritante para muchos kirguizos de Bishkek y el resto del norte del país. De hecho, el único incidente reseñable en los días previos a las elecciones fue el asalto de la sede de Ata Yurt en Bishkek por familiares de las víctimas de las revueltas de abril. Por otro lado, este acercamiento resulta paradójico teniendo en cuenta que, muy probablemente, una parte significativa de los votos del Ar Namsys provienen de los uzbekos de Osh y Jalalabad que optaron por Kúlov como alternativa frente al auge del Ata Yurt.

Ahora bien, cuando se trata de violencia interétnica, por no decir limpieza étnica, vivida en el sur del país, el enfrentamiento

La incapacidad del actual Gobierno interino para imponer su autoridad en la zona meridional es uno de los principales problemas para disipar las incertidumbres sobre el futuro inmediato del país

intrakirguiz se diluye notablemente. De hecho, es la capacidad de movilización popular del Ata Yurt con su discurso y retórica nacionalista lo que dificulta su exclusión por parte de los restantes partidos. Sin el concurso del Ata Yurt será difícil que Bishkek recupere algún control sobre el sur. La incapacidad del actual Gobierno interino para imponer su autoridad en la zona meridional es uno de los principales problemas para disipar las incertidumbres sobre el futuro inmediato del país. No obstante, la opción nacionalista no sólo no contribuye a restaurar la confianza sino que, por el contrario, ahonda la brecha entre ambas comunidades y agrava un panorama ya de por sí complicado.

Violencia interétnica en el sur

Según las cifras del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), al menos 75.000 personas, mayoritariamente uzbekas, siguen sin un lugar donde establecerse desde los disturbios de junio. No se está procediendo a la reconstrucción de las viviendas, ni tampoco, y esto es clave, de los negocios arrasados. La violencia en Osh y Jalalabad no fue ciega o irracional. Muy al contrario, se puede trazar un patrón de destrucción concienzudo y sistemático que buscaba acabar con los medios de vida de la comunidad uzbeka. Así, prácticamente todos los cafés, restaurantes y comercios uzbekos han sido destruidos. El supuesto control uzbeko de las actividades comerciales y económicas en el sur es uno de los combustibles recurrentes del discurso xenófobo kirguiz que alimenta fundamentalmente a una población joven de bajo nivel educativo, escasos recursos y perspectivas, y propensa a la violencia y el revanchismo. Cualquier política que busque recuperar la zona debe considerar muy seriamente a este segmento de la población, que ha jugado un papel protagonista en la violencia.

Sigue pendiente una investigación internacional independiente que establezca un balance fidedigno de lo sucedido. Disponer de una cifra oficial de fallecidos creíble es importante, pero lo crucial es conocer cómo se desarrolló la violencia, quiénes fueron sus cabecillas y cuál fue el papel de los cuerpos de seguridad –Ejército y policía– durante los sucesos. Mientras esto no suceda será imposible no sólo castigar a los responsables sino, sobre todo, restaurar la confianza entre ambas comunidades. Ello se aplica especialmente al lado uzbeko que no percibe al Ejército y a la policía como garantía de seguridad, sino, por el contrario, como un instrumento más de la agresión que han sufrido. La controvertida actuación de estos cuerpos durante los disturbios justifica ampliamente esta percepción³.

Por tanto, la calma actual no permite albergar expectativa optimista alguna. Entre algunos participantes kirguizos en la violencia en Osh y Jalalabad reina el sentimiento de haber

obtenido una victoria parcial y haber dado un primer paso. Entre los uzbekos, en cambio, prevalecen el desamparo, el temor y la convicción sobre la necesidad de organizar la defensa ante el próximo ataque. Los rumores y acciones se retroalimentan mutuamente. Así por

ejemplo, muchos niños y niñas uzbekos no acuden a la escuela por el temor de sus padres ante nuevos estallidos de violencia. La ausencia de estos niños en las escuelas refuerza entre los kirguizos la convicción de que los uzbekos ‘están preparando algo’; lo que eleva sus suspicacias y el tono agresivo, reforzándose así los temores uzbekos ante nuevos ataques. Entre los rumores más persistentes y preocupantes está el de la acumulación de armas de fuego por parte de la población. Sean ciertos o no estos rumores, resulta indudable que el deseo de armarse está muy extendido entre la población, señal evidente de la falta de confianza. Afrontar estas cuestiones es clave para evitar la reanudación de la violencia.

A este clima de desconfianza generalizada contribuyen notablemente dirigentes como el alcalde de Osh, Melisbek Myrzakmatov, una de las figuras políticas que han emergido durante las crisis de abril y junio y se han consolidado en el panorama político del país. Myrzakmatov se opone a la reconstrucción de los barrios uzbekos en su forma original (*mahallas*); lo que no resulta sorprendente teniendo en cuenta que muy probablemente él mismo jugó un papel destacado durante su destrucción. La capacidad de movilización popular de Myrzakmatov y otros líderes nacionalistas explica que el Gobierno interino de Bishkek, cautivo de su propia debilidad, haya optado por dar marcha atrás en su deseo inicial de proceder al despliegue de una misión de

3. Véase el informe elaborado por el International Crisis Group, *The Pogroms in Kyrgyzstan*, Asia Report, Nº 193, 23 August 2010, especialmente pp. 11-16 y Human Rights Watch, *“Where is the Justice”: Interethnic Violence in Southern Kyrgyzstan and its Aftermath*, August 2010.

la OSCE compuesta por 52 policías desarmados. De hecho, el intento de Bishkek de destituir a Myrzakmatov el pasado mes de agosto, concluyó con un sonoro fracaso para el Gobierno interino. A esta debilidad se suma el hecho de que, más allá de su adscripción regional, este discurso nacionalista alcanza a muchos sectores políticos kirguizos. Resulta significativo, por ejemplo, que algunos políticos y funcionarios en Bishkek describen a la comunidad uzbeka de su país como 'diáspora uzbeka', lo que además de erróneo resulta completamente inadecuado, si lo que se espera es reestablecer la normalidad.

medidas contribuyeron a evitar una escalada del conflicto. Sin embargo, sigue siendo una incógnita la futura política de Tashkent y su posible reacción ante una nueva oleada de ataques contra los uzbekos del sur de Kirguizistán.

En su discurso a la Asamblea General de la ONU del 20 de septiembre, el presidente uzbeko expresó la necesidad de una investigación internacional independiente que permita poner ante la justicia a aquellos que "ordenaron, organizaron y ejecutaron" la violencia interétnica en el sur de Kirguizistán. Sin duda una petición que llama la atención viniendo del mismo régimen que se negó a permitir una investigación



Actores externos: ¿hacia el fin del Gran Juego? por fin...

La actual crisis se explica y desarrolla en clave interna. Pese al gusto local por las teorías conspirativas, que de paso eximen de responsabilidad a los actores locales, no se ha verificado la participación de agentes externos en la gestación o desarrollo de la crisis en el país. La soledad internacional del Gobierno interino ha sido, en efecto, una de sus principales dificultades. No obstante, la acción de algunos actores internacionales puede resultar fundamental en la evolución de la situación ya que Kirguizistán es un país dependiente y vulnerable frente a las presiones exteriores.

Uzbekistán ha jugado un papel positivo en esta crisis. En primer lugar, permitió el paso de la frontera a las decenas de miles de personas que huían de la violencia en Osh y Jalalabad. Aunque resulta muy dudoso que el posterior retorno de los refugiados a territorio de Kirguizistán fuera, como se dijo, completamente "voluntario". En segundo lugar, Tashkent hizo un ejercicio de contención. Es evidente que el Gobierno uzbeko no tiene el menor interés en verse envuelto en un conflicto en el sur de Kirguizistán, como demuestra, por ejemplo, su moderación retórica o el despliegue de efectivos para proteger a la minoría kirguiz de Uzbekistán ante posibles, aunque poco probables, ataques. Todas estas

similares sobre los sangrientos incidentes de Andizhán en mayo de 2005. Esta declaración y otras realizadas por el presidente uzbeko –solicitando, por ejemplo, la destitución del alcalde de Osh– dan la medida de su preocupación por la deriva nacionalista kirguiz, ya que, muy a su pesar, Tashkent podría verse abocado a intervenir en el conflicto. Todas las opciones de intervención tendrían serios riesgos para Uzbekistán. A pesar de la superioridad de sus fuerzas armadas, una intervención militar directa sería un paso peligroso por parte del régimen. Por otro lado, facilitar armas a la comunidad uzbeka para que pueda defenderse conllevaría un enorme riesgo ya que el sur de Kirguizistán es uno de los bastiones del activismo islamista –principal amenaza para Tashkent– y, dado su desamparo, esta población se vuelve crecientemente receptiva ante su mensaje. Por lo tanto, facilitarles armas puede resultar contraproducente pero la entrega controlada de pequeñas partidas puede plantearse como una alternativa más sencilla y viable para Tashkent. Esto unido al tráfico ilícito de armas de diverso origen, puede configurar un escenario crítico. Y queda por ver hasta dónde pueden llegar aquellos líderes nacionalistas kirguizos que abogan por ejercer más presión sobre la comunidad uzbeka, tensando la situación y reduciendo cada vez más el margen de maniobra de actores internos y externos.

Las grandes potencias han mantenido un perfil bajo en la crisis kirguiz y, desde luego, menor de lo que sugiere el

popular, pero limitado enfoque del nuevo gran juego, que presupone la existencia de unos intereses geopolíticos irreconciliables entre estos actores y confiere una importancia geoestratégica crucial a Asia Central. El papel de Rusia ha sido un tanto novedoso, ya que el Kremlin respaldó implícitamente el desalojo forzoso del ex presidente Bakíyev. No obstante, la opción parlamentaria no es del agrado de Moscú. El propio presidente Medvédev no tuvo reparos en afirmar, pocos días antes del referéndum constitucional, que el nuevo sistema podría facilitar la toma del poder por parte de islamistas extremistas. De hecho, el Kremlin muy probablemente desoyó las peticiones desesperadas de Bishkek para el envío de tropas de interposición a Osh y Jalalabad ante la negativa del Gobierno de Otunbáyeva a cancelar el referéndum constitucional. También, por supuesto, por el temor a quedar atrapado en un avispero y por las dificultades de que se concrete en el contexto actual un acuerdo para la apertura en Osh de una base rusa, bajo el paraguas de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva

Un nuevo Estado fallido en Asia Central podría arrastrar a otros especialmente vulnerables como Tadzhiistán, e incluso Uzbekistán, con la perspectiva de la sucesión presidencial en el horizonte

(OTSC). En cualquier caso, Rusia mantendrá una notable influencia sobre el devenir de la situación en Kirguizistán. Sin ir más lejos, dirigentes de todos los partidos que han obtenido escaños, a excepción del Ata Meken, han viajado a Moscú después de las elecciones para obtener apoyos. La UE sitúa Asia Central entre sus áreas de interés prioritario y ha seguido la cuestión con detenimiento, si bien con un escaso papel e impacto. EEUU, por su parte, se ha mantenido muy cauto ante los sucesos en Kirguizistán. Más allá de la potencial consolidación de un sistema democrático, el punto de interés central para EEUU es la base aérea de Manas, cercana a Bishkek y un apoyo logístico clave para las tropas desplegadas en Afganistán. Así, en las diversas reuniones y audiciones celebradas en la Cámara de Representantes, la base ha sido un tema recurrente. Con la retirada del escenario afgano en el horizonte es dudoso que Washington opte por una implicación directa. Para Beijing, la estabilidad centroasiática, especialmente la de aquellos países con los que comparte frontera y que albergan populosas comunidades uigures, es de interés estratégico. Sin embargo, la acción china se ve limitada tanto por la sinofobia que existe en Kirguizistán como por su observancia del principio de no injerencia en asuntos internos. Por último, Kazajistán, es otro actor con gran capacidad de impacto en Kirguizistán. Durante la crisis de abril, Astaná, como presidente de turno de la OSCE, jugó un papel importante y positivo al facilitar la salida del país de Bakíyev –desde su refugio en Jalalabad–. Sin embargo, el cierre total o parcial de la frontera kazaja durante buena parte de estos seis meses, ha ahogado económicamente a Kirguizistán. A pesar de este perfil bajo, lo cierto es que un potencial colapso de Kirguizistán podría acarrear graves consecuencias para todos ellos.

Por qué Kirguizistán importa

Kirguizistán –pequeño para los estándares regionales pero con una superficie similar a la de Gran Bretaña– es la única república centroasiática que ha apostado, si bien con escasos resultados aún, por la apertura y la democratización. Por ello, de la salida de esta crisis dependerán la viabilidad y credibilidad de la promoción de la democracia en el resto del espacio euroasiático en los próximos años. Tanto más cuanto que está creciendo el hastío de la población local en general con esta apuesta democrática, fundamentalmente a causa de las dificultades económicas y la inestabilidad política de los últimos años. Esto explica que la población pueda votar por una opción y por la contraria poco tiempo después ya que es la estabilidad, y no los planteamientos ideológicos, el principal interés de la gente. Esta asociación de democracia con inestabilidad es utilizada por los regímenes vecinos para justificar su carácter autoritario y falta de reformas.

De igual forma, varios actores externos –y no sólo Rusia o China– consideran también, que regímenes fuertes ofrecen una mayor garantía de estabilidad. No obstante, y aceptando que los periodos de transición son los de mayor vulnerabilidad

y riesgo, conviene no perder de vista que el propio ejemplo kirguiz demuestra que el autoritarismo y la debilidad institucional ofrecen garantías a corto plazo, pero mucha incertidumbre a medio y largo.

La relevancia regional e internacional de Kirguizistán también aumenta ante la perspectiva de un hipotético colapso estatal. Un nuevo Estado fallido en Asia Central podría arrastrar a otros especialmente vulnerables como Tadzhiistán, e incluso Uzbekistán, con la perspectiva de la sucesión presidencial en el horizonte. El auge del crimen organizado y el islamismo extremista en la zona meridional de Kirguizistán agravan la perspectiva del colapso institucional. Un escenario de ese tipo facilitaría la expansión de ambos fenómenos y eso tendría un impacto, por ejemplo, en la seguridad e intereses de la Unión Europea y Rusia. Cabe recordar que buena parte de la heroína afgana que se consume en Europa transita por Asia Central y preferentemente por Tadzhiistán y Kirguizistán. De hecho, Osh está considerada como el principal centro regional de redistribución y reorganización de la droga. Desde una óptica de control fronterizo y lucha policial contra el narcotráfico, Kirguizistán es un eslabón clave.

Por último, Kirguizistán es a la vez una responsabilidad y una oportunidad para la comunidad internacional y la UE. En lo primero, responsabilidad de proteger a las víctimas de conflictos y de cumplir con los compromisos adquiridos: Kirguizistán forma parte de organizaciones como la OSCE, la OTSC o la Organización de Cooperación de Shanghai, que tienen entre sus fines el de proveer y garantizar la seguridad de sus miembros. El desarrollo de una arquitectura de

seguridad sólida en el espacio europeo, ya sea en su vertiente atlántica o asiática, no se conseguirá obviando aquellos escenarios que plantean dificultades, sino muy al contrario, afrontando los desafíos. La credibilidad de estas iniciativas y estos foros de seguridad está, pues, en juego. Pero si bien una descomposición del país podría acarrear graves consecuencias para actores como Rusia, la UE, China o EEUU, Kirguizistán representa también una oportunidad para promover acciones conjuntas y enfoques cooperativos que superen el estrecho marco de las rivalidades geopolíticas en el espacio euroasiático. Para ello se necesita visión y voluntad política. Los riesgos de una potencial descomposición institucional kirguiz o el estallido de un conflicto armado en el sur del país son demasiado elevados como para no abordar esta cuestión.